

Un libro póstumo

Es un libro de reciente aparición. Se titula "JUEGOS DEL MEDITERRÁNEO" y es obra del poeta conquense Carlos de la Rica. Me urge decir que se trata de un libro póstumo. Iniciado a comienzos de los años 50, su autor lo dió por concluído en la primavera del 97, meses antes de morir. Manos fraternas han conseguido su publicación cuatro años después. A las nuestras llega como una especie de testamento lírico: el testimonio último que da de sí mismo ese poeta extraño y fascinante en el que se fundieron y confundieron actitudes contradictorias.

Para quienes no le conocieron digamos, antes que nada, que Carlos de la Rica fue un cura rural. Un cura que a lo largo de su vida, desde que cantó misa hasta su fallecimiento, desempeñó un solo cargo y una sola misión pastoral; párroco de un pequeño pueblo de la baja serranía conquense. Pero este modesto sacerdote lugareño era, al mismo tiempo y sorprendentemente, un auténtico ciudadano del mundo. Viajero incansable, había pisado tierra de los tres continentes y surcado las aguas de casi todos los mares, había gustado las esencias de las más diversas civilizaciones, había trabado conocimiento y mantenido contactos con intelectuales de muy distintas culturas y había difundido sus libros –los propios y los ajenos, pues también era editor– hasta los países más lejanos. He aquí la primera contradicción de un espíritu inquieto, de insaciable curiosidad y rebelde a todo intento de encasillamiento.

Carlos de la Rica era un ser profundamente religioso y desempeñó su ministerio con total ejemplaridad, según pueden atestiguar los cientos de hombres y mujeres que fueron sus feligreses. Sin embargo, no es el tema religioso el preponderante en su obra poética. Muy al contrario, la mayor parte de esta se inscribe en una temática laica. Libros como "Edipo el Rey", "Poemas junto a un pueblo", "Columnario de Cuenca", "Ciudadela", "Poemas de amar y pasar", "Los duendes" y un largo etcétera ni trascienden una preocupación religiosa ni revelan la condición sacerdotal del autor. Es otra curiosa contradicción.

Hay más. La formación del poeta, tanto la recibida en el Seminario como la adquirida desde sus propias aficiones, era de un evidente clasicismo. La influencia de los tres acervos clásicos –la literatura grecolatina, la literatura bíblica y la hebrea– en su obra es manifiesta. Pues bien, pese a ello y sin renunciar a esa influencia, Carlos de la Rica fue un poeta de vanguardia con militancia activa en la mayor parte de los movimientos de este signo aparecidos en España en la segunda mitad del siglo XX. Es esta una paradoja que define, mejor que cualquier otra contradicción, su singularísima personalidad.

Criado y arraigado en la Celtiberia conquense, muy de tierra adentro, Carlos de la Rica vivió

siempre vocacionalmente volcado al Mediterráneo. No había año que no lo surcara o se bañase en sus aguas. Conocía, casi sin excepción, todos los países ribereños: Francia, Italia, Grecia, Turquía, Israel, Egipto, Túnez, Marruecos... Y las islas: Mallorca, Cerdeña, Malta, Sicilia, Creta, Chipre, Rodas... Viajé con él por muchos de estos sitios y soy testigo de su emoción al pisar tierras sacralizadas por la Historia, al contemplar paisajes que habitaron dioses y héroes de la Antigüedad, reyes y profetas bíblicos, y al admirar en los museos las huellas de las civilizaciones que tanto amara. De la necesidad de traducir al lenguaje poético esas emociones surgió el libro "JUEGOS DEL MEDITERRÁNEO". El no podía prever que sería el último de su bibliografía, y menos aún que fuera a ser su libro póstumo, pero tenía plena conciencia de que iba a ser el más importante de su extensa obra, el que con mayor fidelidad recogiera su universo lírico y, en definitiva, el que mejor habría de definirle como poeta y como hombre.

Así es, "JUEGOS DEL MEDITERRÁNEO" no puede ser tenido como un libro más de Carlos de la Rica. Es el Libro del poeta, con mayúscula. El Libro-síntesis, el Libro-compendio, el definitorio. En "JUEGOS DEL MEDITERRÁNEO" está Carlos de la Rica completo, íntegro. Y desnudo. Y desnudo. O mejor, vestido con la clámide de los antiguos aedas o la más sofisticada de los "hippies" contemporáneos.

Paladín del amor universal, Carlos de la Rica abarca en su conjunto todo el mundo mediterráneo, tanto en lo espacial como en lo temporal y lo sobrenatural. En su cántico se aunan de manera totalizadora las realidades pasadas y presentes del entrañable Mare Nostrum: La realidad geográfica, la realidad histórica y la realidad teológica, con sus mitos, sus deidades y sus tres religiones monoteístas. El carácter ecuménico del poeta tiende puentes en todas direcciones para el conocimiento, la comprensión, la tolerancia y el afecto. Pienso que es el mejor legado que, desde su sacerdocio, podía dejarnos.

Y esta es la impresión final que quiero transmitir a mis lectores al recomendarles el libro póstumo del poeta conquense. Además de esa lección de amor y de fraternidad, Carlos de la Rica nos ha dado, en "JUEGOS DEL MEDITERRÁNEO" lo mejor de sí mismo: la belleza de su arte, la grandeza de su espíritu, la universalidad de su ideario y la emoción de sus sentimientos. Es por añadidura un cálido mensaje que nos llega cuando él ya no existe, como un soplo del más allá, como una voz resucitada, como un impulso misterioso que nos empuja a erguirnos con orgullo sobre los cimientos de nuestra cultura y nuestra estirpe.

Enrique Domínguez Millán